

fuera ventajosamente conocido en el foro. El pueblo ponía sus esperanzas en aquel yerno de Cinna, en aquel sobrino de Mario, originario de la más noble de las familias patricias, y se dejaba subyugar por el encanto derramado en toda la persona del descendiente de Venus y de Anquises (1). Su carácter y sus maneras tenían una seducción, que otro dominador ha poseído también; pero en César se unía á una elegancia natural que Napoleón no pudo nunca adquirir. Y es que el uno era á su pesar el representante de una joven y ruda democracia; el otro, el heredero de una antigua nobleza, un gran señor extraviado en medio del pueblo (2).

Hay que decir también que el futuro dueño del mundo no fué al principio más que el rey de la moda: los más elegantes desesperaban de llevar la toga como él (3), y las mujeres no podían resistirle. Magnífico y pródigo, como si hubiera contado con las riquezas del mundo, tiraba el oro, menos para sus placeres, que para sus amigos, para el pueblo, al que convidaba á espléndidas fiestas.



Cicerón (4)

Cicerón, demasiado artista para juzgar bien á los hombres, Cicerón que creyó en el arrepentimiento de Catilina, como después en el desinterés de Octavio, se dejó engañar por aquella frivolidad aparente. «Cuando lo veo tan rizado, decía, temiendo descomponerse la cabellera con la punta del dedo, me tranquilizo: un hombre así no puede pensar en trastornar el Estado.»

Menos confiado habría sido Cicerón, si hubiera recordado aquel viaje al Asia (76) durante el cual, habiendo caído César en manos de los piratas, admiró, dominó á aquellos bandidos sólo con su altivez, obligándolos á escucharlo, á servirlo y amenazándoles con la cruz, cautivo y todo como estaba. Habíanle exigido los piratas veinte talentos por su rescate. «No es bastante, les contestó; os daré cincuenta, pero en seguida os mandaré ahorcar á todos.» Y les cumplió su palabra. Llegado de Mileto su rescate, reunió algunos barcos, persiguió á los piratas, les dió caza, y los crucificó, á pesar del gobernador de la provincia.

De regreso en Roma acusó al silano Dolabela por sus concusiones en su gobierno de Macedonia, y después á Antonio Híbrida, uno de los tenientes del dictador que había entrado al pillaje muchas ciudades griegas. Estas ruidosas causas eran un medio muy eficaz para darse á conocer un joven; mas por la elección de sus víctimas, robustecía César sus opiniones populares. Algún tiempo después, cuando estaba estudiando en Rodas, supo que Mitridates

(1) Cicerón, *ad Fam.* VIII, 15. Llevaba en su anillo el sello de una Venus armada, doble emblema de las debilidades y de la gloria de aquel grande hombre (Chateaub. *Itinéraire*). El museo Borbónico de Nápoles tiene un busto colosal de César que pasa por auténtico. Han conservado sus rasgos otros bustos, estatuas, monedas y piedras preciosas: por desgracia ninguna de estas imágenes se parecen. Cicerón dice de él: *Forma magnifica et generosa quodam modo (Brut. 75).*

(2) En la formación de los hombres superiores, la naturaleza hace las tres cuartas partes, y la educación lo demás. Nótese que César tuvo por maestro de filosofía y de elocuencia al gallo Gniphon. (Suet., *de Grammaticis* 7.)

(3) *Usum enim lato clavo ad manus fimbriato, nec ut unquam aliter quam super eum cingeretur* (Suet. *Ces.* 43).

(4) Cabeza de Cicerón en una moneda de bronce acuñada en Magnesia de Lidia con esta leyenda: ΜΑΡΚΟΣ ΤΥΡΑΛΛΙΟΣ ΚΙΚΕΡΩΝ (Marco Tulio Cicerón). Es posible que esta moneda nos haya conservado el retrato auténtico del orador latino (Mionnet, *Descrip.* t. IV, *Lidia*, n.º 385, p. 71.)

atacaba á los aliados de la república. Luego al punto pasó al continente, reunió tropas y batió muchos destacamentos del ejército pónico reteniendo á las ciudades en la alianza romana. Y todo esto sin título ni misión. Sila, á cuya despótica voluntad se había resistido César resuelta y dignamente, negándose á repudiar á la hija de Cinna, su esposa (5); Sila lo había comprendido mejor. «Temed, decía á los nobles, temed á ese joven elegante, de flotante toga (6).» El elegante libertino ocultaba, en efecto, una grande ambición, porque sentía su genio y veía los males de la república, la ineficacia del remedio imaginado por Sila, y la absoluta incapacidad de sus herederos. Sus amigos aseguraban haberlo visto llorar delante de la estatua de Alejandro repitiendo: «A mi edad había conquistado ya el mundo, y yo aun no he hecho nada.»

Había hecho más de lo que quería decir (7). Ya temía el senado al sobrino de Mario y de aquel Aurelio Cota que le había quitado los tribunales de justicia, al orador popular que había provocado la vuelta de los amigos de Lépidio, al pródigo que eclipsaba á toda la nobleza con sus magnificencias. Craso, cónsul y triunfador, veía en él un rival (8), Pompeyo un amigo necesario, y el pueblo lo amaba, el pueblo á quien cortejaba sin bajeza y manejaba contentiendo sus malas pasiones, como á los fogosos caballos que gustaba de domar en el Campo de Marte.

Los grandes esperaban que arruinado con sus dilapidaciones, dejara de ser temible, no pudiendo comprar los cargos; pero olvidaba que el pueblo le hubiera acaso dado á César lo que vendía á otros. Los usureros, por otra parte, con su instinto sutil y rapaz, habían adivinado el porvenir del joven pródigo, y ninguno de ellos negaba nada al que un día había de tener tanto que dar. Antes de haber ejercido ningún cargo, debía ya mil trescientos talentos (9).

Cuando Pompeyo volvió de España, hubo de encontrar á César en posesión de tal crédito, que debió contar con él. Había pensado hacer de él un instrumento, y al contrario, él mismo lo fué de César; á lo menos cayó bajo el en-

(5) Según Plutarco (*Ces.* 1), Sila confiscó la dote de Cornelia. Pompeyo y Pisón habían sido menos rebeldes á la voluntad del dictador.

(6) Suet. (*J. Ces.* 45): *Ut male praevinctum puerum caverent*. No garantizo la autenticidad de estas palabras de Sila más que las que se le atribuyen en otro lugar de este tomo. Unas y otras se escribieron después del encubramiento de César.

(7) He aquí la cronología de la historia de César hasta el consulado: el 12 de julio del año 100, ó 102, su nacimiento; 87, flamin dial por influencia de Mario; 83, se casa con Cornelia, hija de Cinna; 81, sirve á los órdenes de Minucio Termo, en el sitio de Mitilene; 80, merece por su valor una corona cívica; 78, sirve en Cilicia á las órdenes de P. Sulpicio y vuelve á Roma al saber la muerte de Sila; 77, acusa de concusión á Dolabela; 76, acusa también á Antonio; 75, reside en Rodas oyendo las lecciones del retórico Molón; 74, recobra la dignidad de flamin y es elegido tribuno legionario por el pueblo, cargo que había ganado haciendo distribuciones de trigo; 70, su tío, Aurelio Cota, quita los juicios á los senadores, y él mismo hace llamar á los cómplices de Lépidio; 68, su cuestura; sigue al pretor Antistio á la España Citerior; 67, se casa con Pompeya, nieta del consular Pompeyo Rufo; sostiene la ley Gabinia en favor de Pompeyo y es encargado de vigilar las reparaciones de la vía Apia; 65, su edilidad curul; 64, *judex questionis de sicariis*; 63, es elegido pontífice máximo y pretor; 62, su pretura; 61, su gobierno en la España Ulterior; 60, su vuelta á Roma; 59, su consulado.

(8) César le disputaba una misión en Egipto, y lo hubiera vencido, si los grandes no hubieran suspendido el plebiscito con el veto de los tribunos.

(9) Plut. *Cesar*, 5. Acaso tenía menos deudas de lo que se dice. Sus préstamos eran un medio de ligar á su fortuna política á ciertos personajes influyentes. Con este propósito hubo de tomar prestado de Craso, de Pompeyo, de Atico. (Cic. *ad Att.* VI, 1; y Plutarco, *Ibid.*)

canto, oyó consejos disfrazados de elogios, y César contribuyó mucho á la determinación que separó á Pompeyo de la nobleza, donde estaba su verdadero lugar, para ponerlo á la cabeza del pueblo, donde su carácter no podía dejarlo mucho tiempo.

Era hábil hacer favorable al partido y al tribunado á un hombre que debía inevitablemente un día herir al pueblo y á los tribunos; y no menos lo era, después de haberlo comprometido con la aristocracia, alejarlo de ella más y más haciendo de modo que se le concedieran honores casi monárquicos. César apoyó con vivo empeño las proposiciones de Gabinio y de Manilio, y esta vez se encontró con Cicerón en el mismo terreno; pero con intenciones bien diferentes: el hombre nuevo no pensaba más que en ganar un patrono y votos para su próxima candidatura al consulado; el patricio popular veía con gusto cómo se habituaba el pueblo á conferir poderes que él mismo reclamaría acaso en adelante.

Sin embargo, había sobrada audacia en acumular tanto poder en manos de Pompeyo. ¿No era trabajar en darse un amo? Pero César, hase dicho, conocía bien á su rival: desde que vió las maneras reales de aquel héroe popular, dejó de creer en la duración de su popularidad. Pompeyo no tenía en su favor más que hechos militares, y victorias no le faltarán á César. Este hará olvidar los triunfos de aquél con otros mayores, y le quedará la ventaja, inmensa en una república que perece, de saber dominar y conducir á aquella multitud del Foro, cuya soberanía nominal podía siempre cambiar un hombre hábil en soberanía real.

Se ha insistido sobre estos pacientes cálculos y exagerado su profunda sutileza. Si Pompeyo hubiera sido capaz de un acto de virilidad, todo este artificio de ambición se habría venido abajo, porque en los comienzos de su vida, César siguió los acontecimientos, no los dominó; á lo más les ayudó á tomar la vía que ellos tomaban de suyo. Mandó en el porvenir de la única manera con que el hombre puede obligar al porvenir á servir sus miras, presintiendo con clara inteligencia del presente hacia qué fin lejano avanza la sociedad. Suetonio cita esta frase de Cicerón: «Desde su edilidad pensó en el imperio, y lo creyó seguro cuando llegó á ser cónsul.» Pero esta frase es una de las muchas de Cicerón, que sabía hacerlas muy sonoras. César no pensó en tal dictadura en su juventud. Su nacimiento lo había colocado en el partido popular, el que quería reformas, y en él permaneció sin desviarse jamás: cónsul, comenzó estas reformas necesarias; dictador, las continuó llevándolas más lejos, y el imperio nació de la guerra civil.

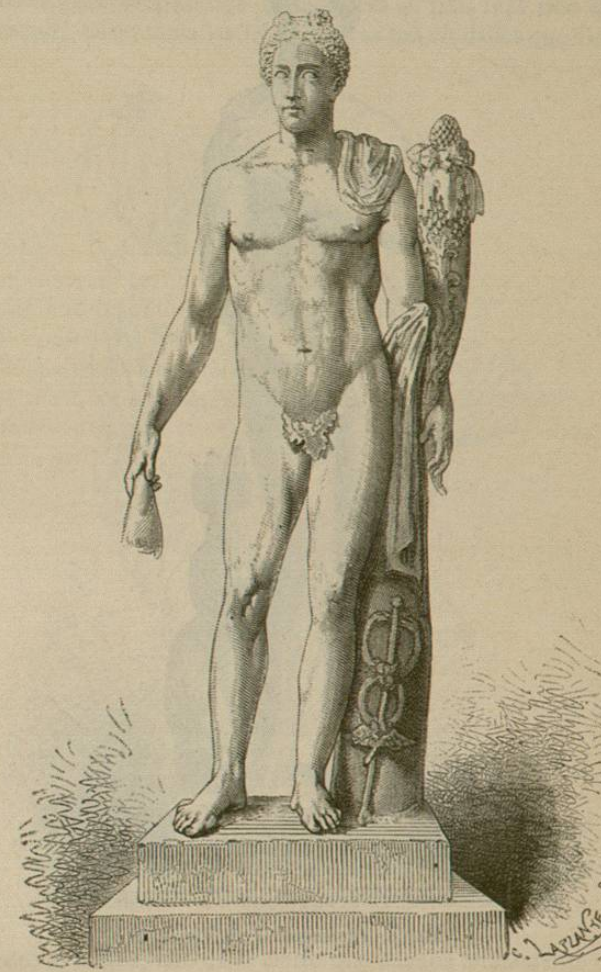
Pero todos los planes para el presente y el porvenir, los de César y de Pompeyo, como los del senado y de los tribunos, estuvieron á punto de fracasar por una conjuración salida de las sentinas más impuras de la república.

II.—CATILINA (65-62).

Creía Sila haber hecho de sus veteranos labradores pacíficos y de sus sicarios enriquecidos honrados ciudadanos. Pero aquellos perezosos soldados hicieron trabajar por su cuenta y luego vendieron sus tierras y conservaron sólo sus espadas con la esperanza de otra guerra civil y de nuevos pillajes. Menos tiempo habían necesitado aún sus antiguos jefes para disipar el oro de los proscritos. Las clases ricas ó acomodadas vieron con espanto por debajo de ellas, no ya á los pobres de Roma, populacho ocioso, resignado ya á sus privaciones y sin pedir para vivir en reposo más que algunos modios de trigo, sino otro populacho que tenía el gusto y la necesidad de los excesos, hombres de mirada si-

niestra y de mano pronta, enemigos del orden y de la sociedad, cualquiera que fuese el gobierno, los cuales vivían de mil industrias criminales. Y todos los días iba en aumento esta turba amenazadora.

Durante mucho tiempo no salieron de ella más que crimenes individuales; pero vino luego un hombre que, de esta clase en guerra con la sociedad, quiso hacerse un arma para su elevación. Catilina tenía todas las cualidades de un jefe de partido: origen ilustre (1), aire noble, cuerpo de hierro, que soportaba todos los excesos, grandes talentos, audacia y valor sin límites y en caso de necesidad toda la templanza del más rudo soldado. Liberal, oficioso, deferen-



Manilio representando á Mercurio (2)

te, sabía ser austero, grave ó jovial, según el carácter y hasta la edad de las personas cuya voluntad pretendía ganarse. Dispuesto siempre á servir á sus amigos con su dinero, con su crédito y con su persona, sin omitir para ello fatigas ni aun el crimen, ejercía en torno de sí, dentro de esta esfera de perversión moral, irresistible ascendente (3). Dos siglos antes, hubiera sido Catilina un gran ciudadano, pero el estado social y las costumbres de la nueva Roma,

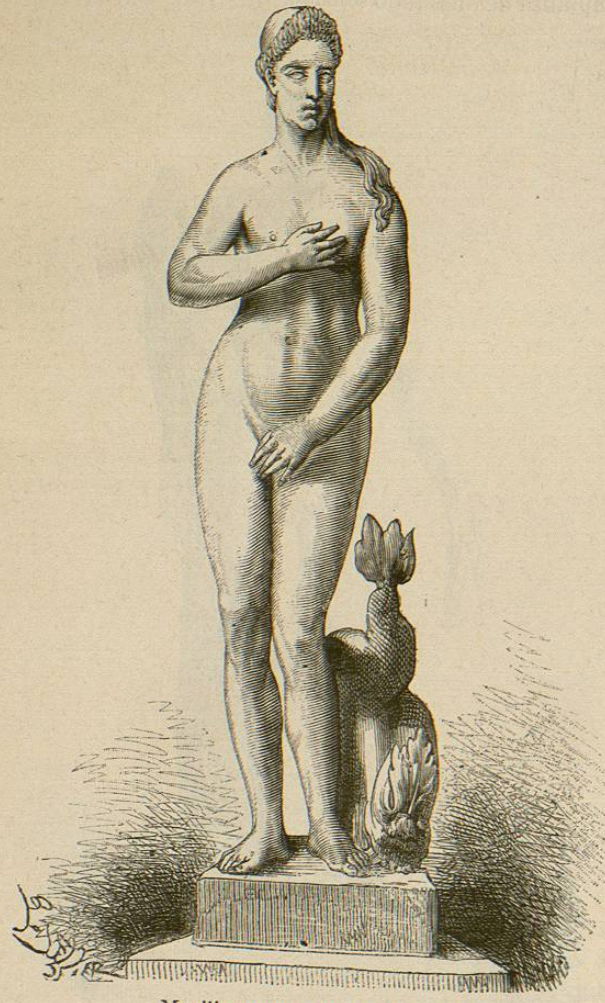
(1) La casa Sergia era patricia y había dado su nombre á una de las tribus.

(2) Esta estatua, como la Manilia representando á Venus, se encontró en el sepulcro del cónsul Manilio, en la vía Apia. Las dos se conservan en el museo del Vaticano.

(3) Es á lo menos la semblanza que Cicerón traza de él en su oración *pro Celio* y en la segunda *Catilinaria*. Sin embargo, estuvo un momento ligado con él: *Me ipsum, me inquam, quondam pene ille decipit*. Catilina se distinguió en el ejército de Curión en Macedonia, y cuando tuvo la edad, ejerció la pretura.

le dieron otra ambición y persiguió su éxito con el arrebatado de su fogosa índole.

Por su edad pertenecía Catilina á aquella generación que había llegado á la vida pública bajo la dictadura de Sila. Los tiempos en que el terror domina las ciudades, sea que la naturaleza hiera por contagio, sea que los hombres maten con el puñal, ello es que esos tiempos están casi siempre mezclados, siempre seguidos de espantable licencia. En medio de semejante época, cuando no eran más que un juego la fortuna y la vida, Catilina, ya preparado con los desórdenes de su juventud (1), había acabado su edu-



Manilia representando á Venus (2)

cación política. Así se burlaba él mismo de la vida y de la fortuna.

Dijimos en otro lugar que se había distinguido entre los sicarios más feroces. Y en efecto, mató á su cuñado para quedar libre y sin rival en su amor incestuoso, y degolló á su esposa y á su propio hijo para decidir á una mujer á quien amaba á darle la mano (3). Durante su pretura en Africa, cometió escandalosas concusiones (67), y á su vuelta pretendió el consulado; pero habiendo venido á Roma una diputación de la provincia á presentar su acusación, borró el senado su nombre de la lista de los candidatos. Catilina se retiró enfurecido, y viendo interceptada la vía legal, preparó entonces una formidable revolución.

Hacia mucho tiempo que se había unido á la gente más

(1) Su padre había sido condenado por un asesinato (Cic. *pro Cluent.* 7).

(2) Véase la nota de Manilio en la página anterior.

(3) Cic. *Catilin.* I, 6; Valer. Max. IX, 1, 9; Apian. *Bell. Civ.* II, 2; Salustio guarda silencio sobre el asesinato que Cicerón le imputa.

vil é infame que Roma encerraba; pero lo que él buscaba era un partido, no precisamente cómplices. Con este propósito se dió á conquistar á los menesterosos y á los jóvenes arruinados haciéndose el ministro de sus pasiones. Tenía siempre á disposición de ellos, los mejores perros de caza, los mejores caballos, los gladiadores más diestros, las mujeres más fáciles. Después del placer, les hacía pasar al crimen, y entonces ya los dominaba.

Aquella juventud libertina no formaba ciertamente un ejército; pero de mucho antes se lo había preparado ya Catilina por medio de sus relaciones con los colonos militares, sus antiguos compañeros de armas. Recordábase á Sila y sus larguezas, sus tierras empeñadas á discreción de los usureros, sus privaciones, su abandono, y les prometía que, si llegaba al consulado, que si llegaba al poder, sabría asegurar á los vencedores el fruto de sus campañas: la abolición de las deudas sería desde luego el prelude de nuevas gratificaciones. Con esto, los veteranos se habían mostrado dispuestos á presentarse en masa á votar por Catilina. Catilina tenía pues ya grandes recursos; y la severidad de los nuevos tribunales vino á suministrarle otros valiosos aliados.

Un juicio acababa de condenar á los dos cónsules designados para el año 65, P. Autronio Peto y P. Cornelio Sila, como culpables de corrupción electoral habiendo obtenido los votos por cohecho, y los acusadores L. Aurelio Cota y L. Manlio Torcuato, fueron elegidos en su lugar. Catilina envenenó el resentimiento de los vencidos y se formó una conspiración para dar muerte á los dos cónsules en las calendas de enero, cuando fueran al Capitolio á sacrificar. Se ha dicho que Craso y César entraron en esta conspiración; al primero se habría nombrado dictador y en este cargo, habría repuesto en el consulado á Autronio y á Sila. Debe ser una calumnia: Craso tan opulento, tenía que perderlo todo, asociándose á gente arruinada cuyo primer cuidado hubiera sido disponer de los bienes ajenos. En cuanto á César, la dulzura de su carácter repugnaba las violencias premeditadas por los conjurados; pero ninguno de los dos veía esta agitación con enojo, y sin mezclarse en ella, hubieron de esperar su resultado para hacerle girar en pro de su ambición. Ni uno ni otro podían prestar su cooperación á aquellos desesperados que estaban en pugna con todo el orden social; ni querían tampoco hacerse valedores de la oligarquía. Reservábanse pues, dejando á los grandes y á Catilina debilitarse mutuamente en un mortal combate.

Dos veces fracasó el plan, en las calendas de enero y en las nonas de febrero, ante la actitud de los cónsules, que hubieron de ser advertidos oportunamente. Parece ser que entonces vinieron á un acomodamiento, ó más bien que temeroso el senado procuró desarmar á aquellos furiosos por medio de concesiones. Cn. Pisón, uno de los conjurados más temibles, fué enviado de pretor á España; verdad es que su escolta española le dió muerte. Pero cuando Clodio reprodujo contra Catilina la acusación ya intentada por concusión, uno de los cónsules que estuvieron á punto de ser asesinados, L. Manlio Torcuato, hizo la defensa del acusado, y no sabemos si Cicerón compartió con él este trabajo. A lo menos se preparó de antemano para ello, y en una carta, que se conserva, se felicita de haberse granjeado todos los jueces que deseaba. «Si es absuelto, añade, espero entenderme con él para nuestra candidatura.» He aquí una carta que da mucho en qué pensar á propósito de la célebre jornada de las nonas de diciembre del 63.

Pero tenemos que contar esta historia, y lo hacemos con

los únicos documentos que el tiempo nos ha dejado, si bien haciendo prudentes reservas (1).

Catilina fué absuelto, pero quedó arruinado (2): todo el oro que había traído de Africa hubo de pasar á manos de sus jueces (65).

Lo que disponía al senado á desentenderse de tales proyectos era el sentimiento de su flaqueza y el temor que le inspiraba César. La ambición de Catilina parecía aun la de un solo hombre; detrás de César, veían los senadores todo un partido. Aquel mismo año (65), había sido nombrado edil curul, y no malogró la ocasión de hacer legalmente una pretensión electoral, más segura que la de los comicios, comprando de una vez á todo el pueblo con la magnificencia de sus juegos y con prodigalidades inauditas. Adornó de cuadros y estatuas el Foro, las basílicas y los templos, y para honrar la memoria de su padre hizo que se presentaran trescientas veinte parejas de gladiadores con armaduras doradas. Jamás se había visto en el Circo mayor carnicería; jamás había satisfecho el pueblo tanto ni mejor sus instintos sanguinarios y feroces.

El senado se alarmó de aquella carnicería, ó mejor dicho de las facilidades que suministraban para un golpe de mano tantos combatientes que á poco esfuerzo formarían un ejército, y limitó por un decreto el número de gladiadores que en adelante habían de combatir, sin que se pudiera pasar de él.

Con la misma pompa se celebraron las Megalesias y los grandes juegos romanos; hasta á los infelices condenados á luchar con las fieras les dió César lanzas de plata.

En estos juegos y fiestas, Bibulo, su colega, que hacía entonces el aprendizaje de la abnegación, decía con extrañeza: «Los dos nos arruinamos y parece que paga él solo; el pueblo no ve más que á él.»

César obtuvo también muchos aplausos, cuando una mañana se descubrieron de toda la ciudad en las puertas del Capitolio unas estatuas resplandecientes de oro: era el viejo Mario, que reaparecía con sus trofeos de la guerra de Yugurta y de los cimbras. Ya, algunos años antes, había hecho llevar César la imagen de Mario á los funerales de su tía Julia, y desde lo alto de la tribuna había pronunciado el elogio fúnebre de aquella noble matrona, viuda del vencedor de los cimbras (3).

Pero el senado había proscrito aquellos trofeos; Sila los había arrancado y un edil los restablecía en su lugar. Los grandes se quedaron mudos ante tanta audacia y ante el júbilo y aplausos de la multitud, atraída á ver y saludar la imagen del hombre, que á pesar de su egoísta ambición, había sido siempre amado, como el más fiel representante del pueblo. Por más que Cátulo exclamara: «No ya con sorpresas amenazas, sino á la faz del cielo ataca César la consti-

(1) Cicerón (*de Off.* II, 24) no hacía luego de la conjuración de Catilina más que un complot de deudores contra sus acreedores: *nunquam nec majus as alienum fuit, nec melius, nec facilius dissolutum est;* y la carta de Malio á Marcio Rex (*Sal. Cat.* 33) prueba que esta fué la verdadera causa que dió un ejército á Catilina. Pero si los soldados sólo pedían la abolición de las deudas ¿no quería tampoco más el jefe? A buen seguro, el consulado desde luego; después otra provincia que saquear, cargos para sus cómplices, y en fin, una grande autoridad en el Estado, la dictadura ciertamente: *tabulas novas, proscriptiones locupletium, magistratus, sacerdotia, rapinas* (*Sal. Ibid.* 21). Los documentos muestran á un ambicioso que quiere el primer lugar, y nada indica al reformador.

(2) El año siguiente (64) fué otra vez acusado de violencia pública por Lúculo; pero también fué absuelto. (*Dion.*, XXXVII, 10.)

(3) El año 68, durante su cuestura, contra el uso establecido, que no autorizaba las oraciones fúnebres en honor de las mujeres jóvenes, César hizo el elogio público de la suya, de Cornelia, la hija de Cinna.

tución del Estado» (4), nadie se atrevió á sostenerlo, y los trofeos del héroe popular continuaron brillando por encima de la cabeza de los temerosos senadores.

Esta jornada era decisiva: un partido acababa de encontrar su verdadero jefe y su bandera; y en las afecciones del pueblo, Pompeyo había descendido á un lugar secundario. El vencedor de Sertorio, de los piratas y de Mitridates puede ahora volver cuando quiera: el edil está en actitud de obligarlo á contar con él.

Al salir de la edilidad (64) pretendió César que se le diera la misión de ir á reducir á provincia romana el reino de Egipto, en virtud del testamento de Tolomeo Alejandro primero. Este reino, por donde pasaba entonces todo el comercio del Oriente con Europa, era el país más rico del mundo. Si no tenía las treinta y tres mil ciudades que Teó-



Bailarina (5)

crito le asigna, ello es lo cierto que pagaba anualmente un impuesto de 14,800 talentos. Con tales rentas se podían saldar muchas cuentas y con las cosechas de Egipto hacer al pueblo muchas larguezas. Craso y César se disputaban esta rica presa; pero no la obtuvieron ni el uno ni el otro. Aplazóse el asunto, y el tribuno Papio expulsó, en virtud de una ley, á todos los forasteros que los dos competidores, sobre todo, César, ya en relaciones íntimas con los transpananos, habían atraído á Roma para apoyar su demanda.

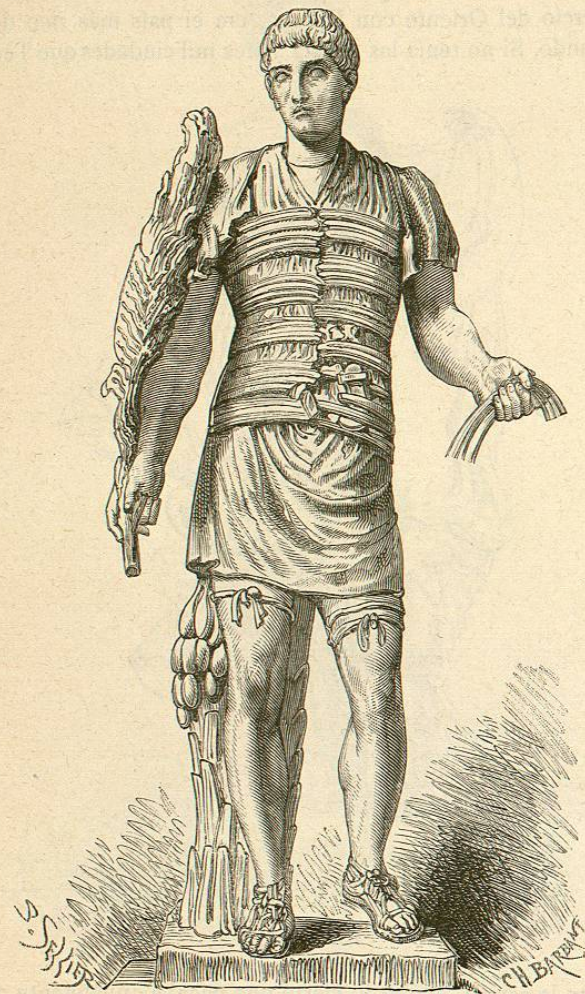
En lugar de esta brillante misión, fué llamado César á presidir el tribunal encargado de castigar á los sicarios. Hasta entonces se había limitado á protestar contra la dictadura de Sila; ahora se propuso deshonrarla legalmente. Entre los asuntos que llamó á su tribunal, fué uno el de dos asesinos de los proscritos, L. Beliano, el centurión que había dado muerte á Lucrecio Ofela, y otro asesino más oscuro: los dos fueron condenados. Mas para herir al senado, dirigió más arriba los rayos de su justicia. A su instigación,

(4) Mario había ordenado la muerte del padre de Cátulo.

(5) De una pintura de Pompeya. (*Roux, Herculanó y Pompeya*, t. IV, 3.ª serie, p. XXVIII.)

el tribuno del pueblo, Labieno, acusó el año siguiente al viejo senador Rabirio de haber dado muerte, cuarenta años antes, en virtud de un decreto del senado, á un magistrado inviolable, al tribuno Saturnino, y reclamó para este caso la aplicación de la antigua ley de *perduellio* que no dejaba, como la de lesa majestad, la facultad del destierro voluntario.

Condenado por los duunviros, Rabirio apeló al pueblo. Pero Labieno puso en la tribuna de las arengas la imagen del tribuno asesinado, y sólo concedió media hora al defensor del acusado para su exculpación. A pesar de los elocuentes esfuerzos de Cicerón, y de los ruegos y lágrimas de los



Auriga ó carretero (1)

principales senadores, hubiera sido condenado Rabirio, si el pretor Metelo Celer no hubiera arrancado la bandera blanca que flotaba en el Janículo. Aquel pueblo formalista cedió á la vieja costumbre, riéndose de sí mismo. Con esto se declaró disuelta la asamblea, y César, satisfecho de haber probado su fuerza una vez más, dejó olvidado el asunto; pero los senadores quedaban advertidos de que si intentaban un día dar un golpe de Estado, el pueblo rompería sus instrumentos (2).

Este mismo Labieno, que le servía de teniente en el tri-

(1) Vencedor en las carreras de carros, bella estatua del museo Pio Clementino, n.º 619. Tiene en la mano derecha una palma, emblema de la victoria, y en la izquierda, bien las riendas de los caballos, bien el cuello de un borsillo que contendría el dinero que había ganado en su triunfo. Su traje es el que se usaba habitualmente en las carreras del circo.

(2) Aquel mismo año acusó á C. Pisón por sus concusiones en la Narbonense y por haber decapitado injustamente á un transpadano. Cicerón defendió al acusado, que fué absuelto; pero con esta acusa-

bunado, como le servirá en la guerra de los galos, hizo también abrogar la ley cornelia, relativa á los pontífices, cuyo nombramiento se devolvió á los comicios. El pueblo manifestó muy luego á César su gratitud dándole el máximo pontificado, cargo vitalicio que lo hacía inviolable (3). Ni sus costumbres, ni el ateísmo que profesaba abiertamente habían sido obstáculos para él. Sus costumbres y opiniones eran las de la mayoría de los hombres de su época; en aquel mismo tiempo escribía Lucrecio su audaz poema contra la credulidad popular. La religión oficial no era más que una institución del Estado; pero daba á su jefe una gran posición, y César no quería dejar á otros este medio de influencia. Cátulo, uno de sus competidores, que sabía el agobio de sus deudas, intentó desviarle del empeño ofreciéndole sumas considerables. «¡Oh! exclamó César; todavía las contraeré mayores para triunfar en la demanda.» Y podría creerse que estaba preparado para recurrir á la fuerza, si son ciertas las últimas palabras con que se despidió de su madre al dirigirse á los comicios: «Hoy, madre mía, ó seré desterrado ó me verás pontífice máximo.»

El mismo año (63) fué designado para la pretura, y continuando sus buenas relaciones con Pompeyo, hizo que se le concediera por un plebiscito el derecho de asistir á los juegos con una corona de laurel y la púrpura triunfal.

Cicerón era entonces cónsul. El temor á César y á Catilina había hecho aceptar á la nobleza al hombre nuevo (4), al brillante abogado que había sabido ganar tantas causas y que repetía en voz baja á todo consular: «De corazón, he sido siempre, con vosotros, del partido de los nobles, jamás del partido del pueblo. Si á veces he hablado en el sentido popular fué porque me convenía granjearme la voluntad de Pompeyo, cuyo apoyo es tan necesario á una candidatura.»

Por otra parte los que se presentaban en competencia no valían más que Catilina. Galba y Casio eran hombres desconocidos; Antonio había sido expulsado del senado, y no hubiera podido, decía él mismo, abogar en Roma, á crédito igual, contra un griego. Rechazar por parte de Pompeyo ó de César á un hombre clasificado por su moderación entre los conservadores, hubiera sido una imprudencia y además un esfuerzo inútil. Sostenido por los publicanos y el orden ecuestre al que tanto había servido; por los municipios italianos que se acordaban de su origen, por la juventud aristocrática, entusiasta de su elocuencia, y por los principales corifeos de las tribus, que de dos años atrás le venían haciendo formales promesas, Cicerón habría subido al consulado sin el senado y á pesar de él. Acogiéndolo de buena voluntad ganaban los nobles la abnegación del advenedizo y daban á su partido, para las luchas del Foro, un grande orador, es decir, una fuerza considerable.

Cicerón fué elegido por unanimidad, sin que el pueblo quisiera ir al escrutinio. Este éxito llegó á César á lo vivo; pero era fácil poner á prueba esta popularidad, suscitando una cuestión en que fuera menester pronunciarse entre el pueblo y el senado.

El tribuno Rulo propuso una ley agraria, cuyos comisarios, en número de diez, investidos del *imperium*, tuvieran

ción, hubo de reanudar César sus antiguas relaciones con los transpadanos, de los cuales era como el patrono.

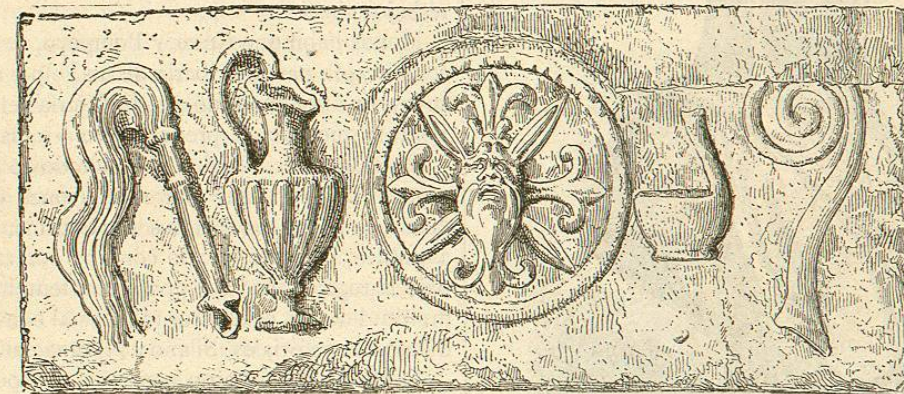
(3) Dion. XXXVII, 37. Mario, su tío, lo había hecho nombrar (87) flamin dial, en el puesto de Cornelio Mériula (Vel. Pat. II, 43; Suet. *Jul. Cas.* 1). Sila en su enojo hubo de despojarlo de este título, que recobró á la muerte de su tío C. Aurelio Cota, el año 74.

(4) Cicerón describe (*de Lege agr.* II, 2) la especie de proscripción en que se tenía entonces á los hombres nuevos. Al principio de su consulado no tenía el apoyo de la nobleza. Salustio dice lo mismo (*Catilina*, 23).

durante cinco años, un poder absoluto para vender en Italia, en Sicilia, en España, en Macedonia, en Grecia, en el Asia Menor y hasta en el Ponto las tierras del dominio público, excepto las que se habían asignado durante la dictadura de Sila. Con el producto de esta venta y las rentas de todas las provincias, menos las de Asia, reservadas á Pompeyo, á quien César contemplaba todavía, con la restitución del botín de guerra, y del oro coronario que los generales no hubieran entregado al tesoro ó empleado en monumentos públicos, los decenviros debían comprar en Italia campos laborables para repartirlos entre los pobres, principalmente en la Campania y en el fértil territorio de Venafro y de Casino. La rogación les reconocía, en fin, el derecho de exigir el censo debido al tesoro por toda tierra del dominio público que dejaran á los detentadores.

Ofreciendo á los colonos de Sila un cambio de especies ó una aceptable garantía de su propiedad, y concediendo una indemnización á los que, desposeídos por el dictador, habían caído en la miseria, se hubieran hecho cesar los odios engendrados por las proscripciones. El fin de Rulo, ó más bien de César, era pues patriótico: quería reconciliar á los antiguos y á los nuevos propietarios, y al mismo tiempo abolir el proletariado, esa llaga de las grandes ciudades y de las sociedades ricas, que hoy procuramos cerrar por medio de una distribución más equitativa de los beneficios de la industria, y que entonces no podía curarse sino por medio de concesiones ó repartos de tierra.

Pero la ley hubiera destruido ó quebrantado la propiedad aristocrática, forzando á los grandes á restituir el botín de guerra, que pertenecía al Estado lo mismo que las tierras



Insignias del pontificado (1)

conquistadas por sus armas y de que Rulo disponía. En cuanto á los romanos de la edad verdaderamente republicana, este derecho del Estado había sido siempre respetado; un siglo antes, Catón el Censor obraba aún según este principio, y Catón Uticense no distrajo una dracma del tesoro cipro. En la nueva república se obraba de otra manera: los soldados de Roma peleaban y morían más bien para dar oro á sus caudillos que provincias á su patria. La cláusula introducida por el tribuno hubiera arruinado al hijo de Sila, á Lúculo, á Cátulo, á Metelo y á cien otros más. Era una refundición del Estado, y una profunda concepción que revela claramente la inspiración de César y su genio reformador; pero era también una ley muy complicada y de aplicación difícil. Los nobles, detentadores del dominio público, y los caballeros, arrendatarios del impuesto, estaban igualmente amenazados, y anunciaban que de una ley que confería tales poderes saldría necesariamente la dictadura. Esto fué un motivo para que Cicerón, su abogado ordinario, la atacara, y lo hizo en cuatro elocuentes discursos (2). Con superior habilidad, demostró á los pobres que, dándoles tierras, se les despojaba; que hablándoles de libertad, se les iba á esclavizar, y en medio de aquella fértil Campania que se les quería repartir, les representó el fantasma amenazador de Capua resucitada, y tan temible para Roma como en tiempo de Aníbal.

Su elocuencia ayudada con el dinero de los ricos impidió

(1) Bajo relieve del museo de San German, marcado con el número 21,838.

(2) No nos quedan más que tres discursos; pero Cicerón (*ad Att.* II, 1) anuncia cuatro. Tres años después, escribía al mismo Atico (I, 19): *Confirmabam omnium priatorum possessiones, is enim est noster exercitus hominum, ut tute scis, locupletium.* Se ve que estas ideas políticas se limitaban á proteger los intereses de los ricos, aun contra las más legítimas reivindicaciones.

que pasara la ley. Pero repitiendo y todo que quería ser un cónsul popular, Cicerón se vió obligado por su nueva situación á explicar cómo comprendía la popularidad. Sus razones son excelentes. Sin embargo, el pueblo, que solamente le oía hablar de sumisión al orden establecido, debía creer que el retrato hecho por su cónsul de un jefe popular se asemejaba singularmente al de un amigo íntimo de los grandes. César, á quien Cicerón había atacado con palabras embozadas, estaba vencido; había logrado, sin embargo, algo importante: el elocuente abogado que acababa de hablar tan admirablemente, quedaba desde entonces clasificado; Cicerón, á los ojos de todos, no era sino el defensor de los ricos.

Otro tribuno propuso poner término á la degradación cívica con que Sila había querido infamar á los descendientes de los prosritos. El decreto del dictador era una crueldad, Cicerón lo confesaba, y el primer acto de la dictadura de César será la supresión de esta iniquidad. Pero, después de haber recobrado sus derechos políticos, los hijos de los prosritos pedirán acaso á los clientes de Cicerón sus bienes confiscados, y ante este amago, hizo desear también esta rogación. Cuando el pueblo silbó al tribuno Roscio, por haber dado á los caballeros asientos separados en el teatro, el cónsul, que era muy aficionado á la tribuna, arrastró á la multitud al templo de Belona, le afeó que cediera á una baja envidia, ensalzó, *magnificó* el orden ecuestre «y lo llevó arrepentido al teatro.» Fué su más bello triunfo oratorio, dice Quintiliano. Pero cuando el pueblo no estaba ya bajo el encanto de aquella seductora palabra, entonces volvía á encontrar sus rencores y su cólera. La popularidad de Cicerón no parecía temible.

Durante todo este consulado César hostilizó sin descanso á Cicerón; pero los ataques del partido popular no fueron para el cónsul el mayor cuidado: Catilina lo inquietaba